

JORGE GALÁN

EL
DOMADOR
DE
TORNAIOS

GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

EL DOMADOR DE TORNADOS

© 2022, Jorge Galán

Diseño, ilustración de portada y mapa: Gabriel Martínez Meave

D.R. © 2022, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México
www.oceano.mx
www.grantravesia.com

Primera edición: 2022

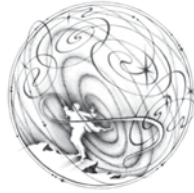
ISBN: 978-607-557-596-4

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en info@cempro.org.mx

IMPRESO EN MÉXICO / *PRINTED IN MEXICO*

Índice

Parte 1. Domadores en la oscuridad creciente	9
Parte 2. La sombra del Jamiur	41
Parte 3. El gigante de la colina	75
Parte 4. Persecución	101
Parte 5. Las nueve Señoras del Bosque	135
Parte 6. El rey de la niebla	171
Parte 7. Las tres muertes de Balfalás	209
Parte 8. Máquinas de guerra	251
Parte 9. El asedio de la ciudad amurallada	287
Parte 10. La tempestad	329
Epílogo	351



PARTE 1
DOMADORES EN
LA OSCURIDAD CRECIENTE

1

El frío llenó el mundo. También la sombra. Las nubes, que en los días pasados eran blancas como madejas de cabellos ancianos, se volvieron grises. Parecía que la primavera convalecía, que un nuevo invierno avanzaba por las regiones del mundo. Muchos vieron llegar del mar una niebla gris o bajar de las colinas y las montañas o ascender desde las aguas vertiginosas de los ríos. Las aves callaron, no respondieron ante la débil luz solar, y sólo el búho emitió su ulular tenebroso, como un anuncio de lo que acontecía. Los caminos se vaciaron. En las casas, muchos despertaron con fiebre. Y la mayoría, incluso los niños, tuvieron pesadillas donde caminaron a través de bosques cuyos árboles eran ceniza petrificada. La incertidumbre habitó en cada uno de los pobladores, si bien casi ninguno supo qué significaba aquella sensación tan extraña. Creyeron que era por la guerra, por los rumores que llegaban de todas partes, pocos comprendieron que un evento de naturaleza más sombría había acontecido.

—Debemos movernos deprisa —susurró By.

El aire gélido soplaba desde el este. Los cuatro, Lobías, Ballaby, Lóriga y Furth se encontraban frente al Árbol de

Homa, cuyas llamas producían enormes columnas de humo que se elevaban hacia el cielo.

—¿Movernos adónde? —preguntó Lóriga.

By miraba con fijeza las llamas, perdida en su movimiento. De pronto, giró el cuello para mirar el cielo. Lóriga también lo hizo. Una nube de cuervos avanzó hacia el oeste hasta perderse de vista.

—Se dice que un mago que domine las antiguas artes mágicas puede llevarte por el revés del mundo —dijo By—, donde quedarás atrapado y sin oportunidad de volver. Un lugar que no tiene principio ni fin y donde el invierno sólo da paso al otoño, y el otoño al invierno, en un ciclo interminable. Los que habitan allí, al cabo de un tiempo, conocerán la locura, poco antes de la muerte. Es lo que se dice del poder de los antiguos magos.

—Si no están aquí, es posible que todos sean víctimas de lo mismo que Balfalás —exclamó Lobías—. ¿Es eso lo que dices, By? ¿Crees que los domadores están dormidos?

—Es lo más probable —susurró By—. Por eso debemos movernos deprisa, porque si es así, no tenemos mucho tiempo. Furth, debemos partir de inmediato.

—Así parece —confirmó Furth, que corrió en dirección al pueblo de los naan.

—¿Dónde debemos buscar, By? —preguntó Lobías.

—Debemos seguir la nube de cuervos —respondió la chica.

Poco después, Lobías preguntó a Lóriga si quería quedarse o marchar con ellos, y la señora ralicia respondió que no tenía fuerzas para seguir.

—Estoy desolada —musitó Lóriga.

—No debemos perder la esperanza —dijo Lobías, pero sus palabras resonaron en el alma de Lóriga como una cubeta que cae por un pozo vacío. La mujer asintió y se dejó caer sobre sus piernas.

—Me hará bien repetir una oración —dijo la señora, así que Lobías la dejó sola.

Poco después, Rumin subió a su caballo y cabalgó junto a By.

Ballaby conducía la carreta donde Balfalás se encontraba sumido en el más profundo de los sueños. Furth los seguía a poca distancia conduciendo una carreta semejante a la de By. Al bordear una colina, se encontraron con una pradera. Trenchos de flores grises, marchitas, se extendían a un lado y otro. Ballaby aseguró a Lobías que la sombra de una maldición se cernía sobre la región entera y quizá también más allá.

—Ninguna flor debería morir en primavera —dijo Ballaby—. Sólo espero que se detenga, porque si esto sigue así, en unos días las cosechas se habrán perdido. ¿Te das cuenta? Todo lo que conocemos puede acabar, Rumin.

—Prefiero no pensarlo —dijo Lobías, quien se resistía a creer en las palabras de By. Nunca había sido un optimista, pero no era fácil para él convencerse de que estaban en medio de una batalla que podía ser su fin. No estaba dispuesto. Y pese a ello, todo a su alrededor le decía que avanzaban en un camino de sombras. De pronto, Lobías pensó en el viejo Leónidas Blumge, el bisabuelo de Maara. Recordó su advertencia la mañana que conoció a Lóriga y Nu. “¿Has sentido el viento en la madrugada?”, preguntó entonces el viejo Blumge. Y siguió: “No era sólo un viento frío, muchacho, era un extraño viento del norte, oscuro y lleno de magia, una magia maligna y antigua como un presagio. ¿No te das cuenta? ¿Es que nadie se da cuenta de que algo

sucede...? Si tuviera veinte años menos, afilaría mi espada ahora mismo". Eso le dijo el señor Blumge a Lobías, que se preguntó ¿cómo pudo saberlo? Y tocó con la mano la empuñadura de su espada, mientras apuraba las riendas de su caballo.

2

En la lejanía, By y Lobías contemplaron la nube de cuervos bajar en picada. Ambos espolearon a sus caballos, pues sabían que el tiempo se acababa.

La brisa se llenó de voces. En el occidente, los rayos iluminaban las nubes por dentro. Una manada de venados cornudos se atravesó frente a ellos, saltando desesperados, como si huyeran de una bestia que los persiguiera de cerca. El bullicio de los cuervos llegó con claridad. Lobías agitó las bridas de su caballo, y éste avanzó, adelantándose a By muchos metros. Luego de atravesar una colina, los divisó. Primero reconoció sus caballos, esas bestias formidables de crines recogidas en trenzas. Se encontraban echados junto a sus dueños. Alrededor había más cuervos de los que podía contar. Pronto comprendió que los caballos defendían a los domadores de los picotazos de los cuervos. Lobías apuró el paso otra vez. Cuando estuvo a su alcance, embistió a las aves, que levantaron el vuelo. Pero no sería tan simple. Los cuervos sólo se elevaron para caer con violencia sobre Lobías Rumin, que se defendió con su espada, tratando de repelerlos.

Un cuervo de buen tamaño cayó como una flecha hiriendo con su pico la mano de Lobías, que soltó su arma. Lobías bajó de su caballo, se arrastró hasta recuperarla, al tiempo que el cuervo volvía a atacar. Rumin pensó que no era natural que un ave de ese tamaño lo embistiera de tal forma. Se preguntó si habían enloquecido o si la maldición de Anrú obraba sobre la voluntad de aquellos animales. Segundos después, otros cuervos se unieron al ataque. Lobías logró alcanzar su espada, pero eran tantos que apenas podía defenderse. Sintió los picotazos en sus brazos y sus piernas. De reojo, advirtió cómo una pareja de cuervos picoteaba el pecho de uno de los domadores, junto al que se encontraba un caballo muerto, con el hocico abierto y la lengua de fuera. Lobías acusó un golpe en la nuca, tan fuerte que cayó de rodillas, apoyando las manos en el suelo. Se sintió desfallecer. Un dolor agudo le recorrió desde el cuello hasta la coronilla.

—Malditas bestias —gritó Lobías Rumin, mientras se levantaba. Giró su espada para asestar un golpe a la cabeza de uno de los cuervos. Hizo lo mismo con otro que lo atacaba por la espalda. Fue tan rápido, que volvió a lanzar un golpe para abatir a un tercero. Rumin luchaba con todas sus fuerzas.

De pronto, una nube de aves bajó para rodearlo. Desde donde se encontraba, Ballaby observó cómo Lobías Rumin se perdía en medio de aquella oscuridad vertiginosa, como lo haría en medio de un tornado.

By agitó su caballo con todas sus fuerzas. Junto a ella apareció Furth. Su carreta, tirada por dos robustos caballos de la raza de los abouir de las montañas, se adelantó a la de By sin dificultad. Si bien, los abouir no eran tan veloces, su fuerza les permitía no bajar nunca el ritmo, lo que era clave en las largas distancias.

Furth saltó de la carreta empuñando dos espadas. Sus brazos se movieron en círculos, despedazando a cuánto cuervo se encontraba a su paso. Cuando By se unió a la batalla, Furth había arrancado medio centenar de cabezas, y ya la nube se disipaba. Lobías apareció en medio de un charco de sangre, rodeado de cabezas de cuervo y picos destrozados. By corrió hasta él. En un primer momento, era imposible distinguir el estado de Rumin. Al acercarse, la chica comprobó que tenía los ojos abiertos, y contempló vida en ellos. Eso la tranquilizó.

—¿Estás bien? —preguntó By—. ¿Puedes levantarte?

—Estoy bien, supongo —dijo Lobías, cuando se incorporaba. Tenía heridas en su espalda y en su cabeza, todas ellas leves, pero dolorosas.

Lobías caminó sin decir palabra hacia una colina cercana, donde antes había descubierto un arroyo. Furth y By, en cambio, se apresuraron a buscar a los domadores. Algunos presentaban heridas en los brazos, el pecho o la cabeza, todas ellas propinadas por los filosos picos. Uno solo de ellos había perdido los ojos. Dos hilos de sangre salían de sus cuencas. También tenía el pecho desgarrado. Cuando By se acercó a aquel hombre notó que ya no tenía pulso. Su piel era fría como agua que baja de un glaciar. El resto de los domadores, aunque heridos, se encontraban con vida.

Subieron uno tras otro a ambas carretas. Mientras tanto, Lobías Rumin llegó hasta el arroyo, se inclinó y palpó el agua fría que corría colina abajo, se limpió el rostro, las manos, y luego se quitó la camisa, antes de recostarse de espaldas sobre una piedra lisa. Sintió el agua en su espalda y se estremeció, pero no se levantó. Con el rabillo del ojo observó sutiles líneas de su propia sangre teñir el arroyo. Poco después, se incorporó, pero volvió a inclinarse para sumergir el rostro.

En ese momento pudo percibir, con total claridad, una sombra que se cernía sobre él, una oscuridad palpable, como un peso terrible y real que presionaba hacia abajo. Levantó la cabeza y miró hacia atrás, hacia el cielo, pero no encontró nada, salvo una nube interminable y gris.

3

Syma, la señora de Or, salió de la casa seguida a poca distancia por dos guerreros bien armados. Luego de la batalla contra los hombres de las montañas, éstos tenían orden de protegerla cuando ella saliera de paseo por el pueblo o por el bosque cercano. Pero aquella mañana, la señora no estaba de paseo. Salió al camino porque esperaba una visita. Lo había sabido al despertar. Después del desayuno, pidió a las mujeres que prepararan un amplio salón con mantas y colchones elaborados de tela y rellenos de plumas de meir, unas aves que perdían su plumaje cada verano, y que en la Casa de Or utilizaban para rellenar almohadas y colchones, una práctica que se realizaba desde hacía siglos. También se encendió la chimenea en el salón, se llevaron bandejas con jarras de agua, sábanas y velas. Cuando las mujeres preguntaron a quiénes esperaban, la señora Syma respondió que no lo sabía, que no estaba segura si a vivos o muertos, pero que pronto encontraría una respuesta. Las mujeres, desconcertadas, incrédulas, no hicieron otra cosa que obedecer mientras cuchicheaban, e incluso llegaron a decir que quizá no vendría nadie, y que aquel pequeño misterio era la manera que la

señora tenía de distraerlas, luego de los terribles acontecimientos de los últimos días. En ocasiones, la señora Syma se sentaba con las mujeres que trabajaban en la Casa de Or a la hora del desayuno o de la comida, a la mesa junto a la chimenea en el salón que daba al patio. Entonces preguntaba a cada una de ellas por sus hijos o sus nietos o sus esposos, y también por sus sueños. Si alguna tenía un hecho extraordinario que contar, como haber recibido la visita de su madre muerta o haber presenciado en la madrugada el vuelo de un ave extraordinaria, la señora Syma siempre quería escuchar. A veces, era la señora quien les contaba una antigua historia, o una nueva que hacía pasar como antigua, y les aseguraba que no dejaba de encontrarse con sus ancestros en forma de sombras cuando salía a caminar por el bosque. Aquella mañana, sin embargo, la señora no quiso contar ninguna historia. Su rostro estaba serio; su aspecto, pálido. Ni siquiera quiso comer. Se conformó con una taza de té y algo de leche.

La señora Syma caminó hasta el borde del bosque. No pasó mucho tiempo para que escuchara el sonido de los caballos que trotaban arrastrando las carretas. Primero vio a Lobías Rumin, quien cabalgaba delante de la comitiva, seguido de By y de Furth. Cuando se encontraban a poca distancia, Ballaby la saludó levantando la mano. La señora Syma salió a su encuentro. Lobías hizo que su caballo se retrasara para que By pudiera alcanzarlo y así llegaron juntos hasta donde se encontraba la señora Syma.

—¿Qué cargamento traes, querida hija? —preguntó la señora Syma cuando se encontró con By—. No hay presagios buenos en este día, que es una sombra. Además, leo malas nuevas en sus rostros.

—El árbol se muere, madre —musitó By, con dificultad—. Y lo que traigo es un cargamento de domadores. Están vivos, pero no sé cómo despertarlos.

La señora Syma se asomó a la carreta. Estiró el brazo, tomó la mano de Balfalás y movió la cabeza a un lado y otro, apretando los labios.

—Si pudiera decir en qué estado se encuentra —dijo Syma—, es como una persona que duerme y sufre una pesadilla interminable. Está vivo pero a la vez muerto. Vivo, pero rodeado de una tierra de muerte, y no tardará en pertenecer a ella, según creo.

—¿Nada se puede hacer, señora? —preguntó Lobías.

—Quizá sí o quizá no —respondió la señora Syma—, y no quiero hablar como uno de esos charlatanes que inventan trabalenguas; digo que sí, porque sé que es posible despertarlos, y que no, porque no son artes que yo domine. Es claro que debemos cuidarlos. Cuidarlos lo mejor posible y esperar que puedan encontrar el camino de regreso. By, ¿qué ha pasado con el árbol?

—Arde en llamas, madre.

—Eso no es posible —se lamentó la señora Syma, que se cubrió la boca con una mano.

—Lo es —dijo Lobías—, todos lo vimos.

—Te creo, pero, aun así, no es posible —siguió la señora Syma—. Si sé lo que sé, nadie puede destruir el árbol, y si alguien ha podido hacerlo, no tendremos oportunidad ante magia semejante, y cualquier intento de sobrevivir será inútil.

—Anrú, el mago del país de la niebla, ha derramado un hechizo de fuego sobre el Árbol de Homa —sentenció By—. Y el árbol se consume. Es así, madre.

—Eso tendré que verlo con mis propios ojos —dijo la señora Syma, al tiempo que subía a la carreta de By—. Pero, por el momento, debemos ir a casa, hay un salón esperando por estos buenos hombres.

4

El polvo ardía bajo los pies de los naan. Los más jóvenes corrieron hacia el arroyo cercano, se reunieron allí muy juntos, cuchicheando, asustados por lo que ocurría. El humo se elevaba en el cielo en una sola columna que se dilataba en la altura, formando una nueva nube sombría del color del plumaje de los cuervos. La anciana Elaann caminó hasta donde se encontraban los más jóvenes. Otros ancianos también lo hicieron, pero la mayoría de ellos no se movió del lugar donde estaban, se sentaron sobre sus piedras y oraron en silencio o emitiendo leves susurros. Cada uno de ellos sabía que ocurría algo terrible. La desgracia se volvía una emoción que debían intentar controlar. La anciana Elaann habló con palabras amables a los más jóvenes. Les pidió que tomaran sus manos y la acompañaran. La voz de Elaann era suave como el sonido del arroyo y a ella se aferraron los chicos y las chicas naan.

Poco después, un anciano llamado Emummabat hizo sonar un silbato en medio de un descampado a la orilla del pueblo. Cada uno de los naan caminó hasta aquel lugar, y también lo hizo la anciana Elaann, seguida de los más

jóvenes. Al encontrarse todos reunidos, Emummabat tomó la palabra:

—En tiempos de tempestad, la calma debe estar en nosotros. En tiempos de oscuridad, debemos ser la luz y caminar el sendero de la luz. En tiempo de fuego, debemos ser el arroyo, el río, la lluvia, el océano, la niebla húmeda, la tormenta de nieve. No debemos temer en esta hora terrible, debemos ser fuertes y estar en paz.

Al callar, empezó a andar hasta encontrar el sendero que lleva al árbol. Sus hermanas y hermanos lo siguieron. Frente a Homa se encontraba Lóriga, quien observó a los naan llegar y rodear al árbol, mientras emitían una especie de mantra, un susurro. Vestían túnicas de hilo, incluso los niños, e iban descalzos. Se sentaron alrededor del árbol e invitaron a Lóriga a hacer lo mismo. Cerraron sus ojos y así permanecieron, sentados, repitiendo el mantra que, según Lóriga, imitaba el sonido de la brisa en los arbustos o el viento alisando las colinas, y que hizo que su propio dolor y angustia se disiparan. El sonido interminable emitido por los naan fue una canción de cuna para ella, quien, sin darse cuenta, se recostó en el suelo y quedó dormida. Días más tarde, cuando se reunió con Nu, Lóriga le contaría que nunca tuvo un sueño ni tan plácido ni tan vívido como aquél, que la hizo volver a la antigua biblioteca de la casa de sus abuelos. “No fue ni un recuerdo ni un sueño”, diría entonces la señora ralicia, “parecía estar allí con mis abuelos, leyendo un viejo libro de rimas que contaba la historia de una hechicera que tuvo nueve hijas. Una historia de amor”, le aseguró Lóriga a Nu.